

El alterador del orden

*Simon Willson traza
una semblanza de
Daron Acemoglu*

UNA noche en prisión le reveló a Daron Acemoglu por primera vez la importancia de la regulación en el sistema de mercado. Acemoglu fue uno de los muchos adolescentes inexpertos sin licencia que conducía alocadamente por una carretera desierta de Estambul (Turquía), típica carretera en la cual practicaban este tipo de conductores. Ese día, la policía local decidió intervenir. Una veloz e impredecible redada acabó con Acemoglu y varios conductores entre rejas, a la espera de una gran reprimenda a la mañana siguiente.

“Los mercados no funcionarán sin regulaciones y leyes previsibles” admite pesados Acemoglu, quien ahora, con más años y sabiduría, es profesor de Economía Aplicada en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT). Unas horas examinando la decoración gris de su celda y el castigo administrativo que siguió le dejaron marcada la importancia de normas imparciales, incluso en mercados totalmente libres.

“Cada uno de los mercados del mundo está regulado; solo es una cuestión de grado”, dice Acemoglu mientras contempla desde su ventana la vista fría y sombría de la capa congelada del río Charles, que pasa por Cambridge, Massachusetts. “Cuando tienes un juez que exige el cumplimiento de las leyes, eso es regulación. Es mucho más palpable en las economías en desarrollo, donde los mercados no funcionan, precisamente porque carecen de las regulaciones e instituciones necesarias. Los gobiernos suelen ser barreras al funcionamiento de los mercados, pero si realmente se



quiere que estos funcionen es preciso que los gobiernos los apoyen con leyes y orden, regulaciones y servicios públicos”.

Contacto temprano

El temprano contacto personal de Acemoglu con los mecanismos de aplicación de las leyes le ayudó a encaminarse hacia una carrera que últimamente se ha centrado en estudiar por qué algunos Estados triunfan como generadores viables de riqueza y realización plena, y por qué otros fracasan y se mantienen en el fracaso. Para recorrer el sinuoso camino que le llevó a este campo de la investigación, el economista nacido en Estambul tuvo que ampliar sus estudios de ciencias políticas a la economía y, después, abandonar la política del todo.

En la Universidad de York (norte de Inglaterra) a mediados de los años ochenta, Acemoglu se concentró en la macroeconomía, pero fue descubriendo que las tendencias macroeconómicas tienen su raíz en la microeconomía. “Para entender a fondo el panorama macroeconómico —crecimiento, economía política, cuestiones a largo plazo—, hay que comprender los principios microeconómicos subyacentes, como incentivos, asignación de recursos, cambio tecnológico y acumulación de capital”.

Esta percepción y planteamiento de la interrelación entre las dos disciplinas principales de la economía convirtió a Acemoglu en un híbrido singular que quebró una línea divisoria ya establecida. “Mucho de lo que hago es teoría de economía política, y gran parte de ella es esencialmente aplicar la teoría de juegos, de forma que se podría decir que es microeconomía, pero motivada por cuestiones de carácter más amplio de las que también se precia la macroeconomía”.

Acemoglu terminó su doctorado en la London School of Economics (LSE), donde tuvo un “momento de transformación” al conocer a quien sería durante tanto tiempo su colaborador, James Robinson, ahora profesor de la Universidad de Harvard. Cuando Acemoglu y Robinson se pusieron a hablar, todo sucedió rápido. “Estábamos de acuerdo en que el factor principal para iniciar el desarrollo económico es la democracia”, recuerda Acemoglu. “Pero no había modelos sobre cómo se llega a la democracia, y la literatura sobre ciencias políticas no servía de ayuda, de modo que empezamos a trabajar en este tema en 1995, y desde entonces seguimos con él”.

Robinson recuerda a una persona desgañada y gesticuladora que desde la primera fila, en un seminario de la LSE, ponía en duda su metodología en voz alta. “Estaba presentando mi trabajo de investigación en un seminario a principios de 1992 y había un chinchoso estudiante de doctorado delante de mí, interrumpiendo sin cesar y poniendo pegadas a mi presentación. Algunos salimos a cenar después y acabé sentado al lado del mismo personaje irritante, pero fuimos hablando y me di cuenta de que tenía ideas originales que había transmitido muy bien. Era Daron”.

Parece que en aquella época Acemoglu se dedicó sistemáticamente a escuchar y replicar a posibles socios de investigación, ya que otro futuro colaborador, Steve Pischke, profesor de Economía de la LSE, recuerda que recibió el mismo trato. “Estaba impartiendo una charla en la LSE en

1991, y allí estaba aquel repelente estudiante de posgrado en primera fila cuestionando mis métodos y exigiendo más información”, recuerda Pischke. “Y Daron aún tuvo más que decir cuando salimos a comer después”.

Investigación compartida

A principios de 1993, Acemoglu y Robinson, que entonces daba clases en Australia, intercambiaban ideas sobre temas de investigación por un novedoso medio de comunicación. “Fue la primera vez que usé el correo electrónico”, recuerda Robinson. “Empezamos a enviarnos por *e-mail* nuestros trabajos y, de pronto, descubrimos que habíamos escrito, por separado, dos artículos casi idénticos sobre el mismo tema”. Dada su aversión (como auténticos economistas) a la duplicación y la ineficiencia, los dos académicos empezaron a compartir su investigación.

Cuando su trabajo con Robinson iba rodado, Acemoglu se cambió a su “primer trabajo real”, empezando como profesor adjunto de Economía en MIT en 1993. Su característico desdén por los límites establecidos de su profesión no tardó en causar revuelo en los pasillos que bordean el río Charles. Animado por la originalidad de las ideas de Robinson, Acemoglu siguió desarrollando la línea de investigación híbrida (macroeconomía/microeconomía) sobre la teoría de economía política que había defendido por primera vez en Londres.

“Cuando me tocaba ascender en MIT, mis superiores dijeron que la mayoría de mi trabajo era bueno e interesante y había recibido buenas críticas. Pero también exclamaron: ‘Deberías parar el trabajo que estás haciendo sobre economía política’. Así que escondí esa parte de mi trabajo durante los dos años siguientes, hasta que conseguí la interinidad”.

Ideas de una cultura complaciente

Acemoglu se unió a otros economistas académicos para analizar por dentro la profesión (Acemoglu, 2009) en busca de errores intelectuales cometidos en el anuncio y manejo de la crisis económica y financiera mundial que golpeó duro en 2008. Cree que tres ideas, en concreto, reprimieron cualquier sensación de alarma.

Primero estaba la creencia de que se había vencido a los ciclos económicos con una combinación de políticas astutas e innovación tecnológica que cambiaba el juego. De hecho, estas dos fuerzas de evolución habían aumentado las interrelaciones económicas hasta el punto de crear posibles efectos dominó entre las instituciones financieras, las empresas y los hogares.

Segundo, se habían olvidado las bases institucionales de los mercados y se había creado una equivalencia entre mercados libres y mercados no regulados. Pocos defenderían hoy que el control de los mercados es suficiente para protegerse frente a la conducta oportunista de personas no reguladas que buscan obtener beneficios asumiendo riesgos de los que se beneficiarán en detrimento de otros.

Y tercero, se sobrevaloró la reputación de las empresas grandes y longevas a pesar de las primeras alertas procedentes de los escándalos contables de Enron y WorldCom a principios de la pasada década. La confianza en la capacidad de autocontrol de dichas empresas se ha desvanecido, y las infracciones futuras tendrán que castigarse de forma severa y creíble.

Cuando Acemoglu se aseguró un puesto fijo en MIT en 1998, su enfoque sobre la economía política se había convertido casi en una corriente principal.

A salvo en MIT, en 2005 Acemoglu ganó la Medalla John Bates Clark que otorga la American Economic Association al economista estadounidense más influyente y menor de 40 años. Trabajó con Robinson, que entonces enseñaba en Berkeley y ahora en Harvard, en un libro titulado *Economic Origins of Dictatorship and Democracy*, publicado en 2006. “Me interesaban mucho las cuestiones del subdesarrollo, de modo que empecé a leer a autores que habían trabajado en la teoría de la dependencia sobre cómo el mundo estaba dividido entre pobres y ricos porque los pobres habían sido explotados por los ricos. Y me fascinó saber por qué Turquía había sido un país pobre y sin democracia”.

En *Dictatorship and Democracy*, Acemoglu y Robinson emprendieron un camino que siguen recorriendo. Preguntan por qué unos países son democracias, en las que hay elecciones periódicas y libres y los políticos responden ante los ciudadanos, y otros no. Investigan los factores que determinan que un país pase a ser una democracia, y por qué esta persiste y se consolida en algunos países pero se hunde en otros.

Mantra cinematográfico

Al reunir sus ideas sobre las causas y soluciones de la crisis financiera mundial que se inició en 2008, Acemoglu se vio repitiendo y adaptando líneas de un célebre guión cinematográfico. En la película *Wall Street* de Oliver Stone, de 1987, el villano principal Gordon Gekko, interpretado por Michael Douglas, dijo las famosas palabras: “La codicia —a falta de una palabra mejor— es buena. La codicia es correcta. La codicia funciona. La codicia clarifica, penetra y captura la esencia del espíritu evolutivo”.

En un primer análisis de la crisis mundial (Acemoglu, 2009) Acemoglu afirma: “Una aportación importante de la economía es la percepción de que la codicia no es buena ni mala en sentido abstracto. Cuando se canaliza hacia una conducta competitiva, innovadora y de maximización de beneficios, al amparo de leyes y regulaciones sólidas, la codicia puede ser el motor de la innovación y del crecimiento económico. Pero cuando no es controlada mediante las instituciones y regulaciones adecuadas, degenerará en búsqueda de rentas, corrupción y delito”.

Acemoglu vio la película y recordó el monólogo de Gekko cuando redactó su pasaje sobre la codicia. “Todo el mundo responde a los incentivos. Para la gran mayoría de la gente, hay un continuo entre ambición y codicia, y aquí es donde las instituciones intervienen. Las instituciones pueden detener los excesos, por ejemplo regulando los monopolios de forma que no aplasten a la competencia. La codicia solo es mala si se canaliza para hacer cosas malas. Las instituciones pueden encauzar la codicia hacia la excelencia”.

Pero Acemoglu advierte que las instituciones estadounidenses que solían canalizar positivamente la codicia de los banqueros y financieros en las décadas de los ochenta y los noventa han sido desmanteladas. “Nosotros —los economistas que asesoramos y las autoridades que hacen cumplir las leyes— desmontamos el sistema que gestionaban las instituciones y no lo sustituimos por ningún tipo de control sobre la conducta del sector financiero. Así es como se permitió que la codicia fuera mala”.

El libro también destaca la importancia esencial del conflicto en el plano político, con un papel similar al de la competencia en el ámbito económico. Los diferentes grupos o clases sociales tienen intereses opuestos (y generalmente buscan un provecho) en relación con los resultados políticos, y dichos intereses se traducen en choques atrincherados sobre la forma en que las instituciones políticas determinan los resultados políticos.

Ser coautor del libro aportó a Robinson nuevas ideas sobre los intereses de investigación, cada vez más amplios, de Acemoglu. “Se puede definir a la mayoría de los economistas por su especialidad o foco de investigación, pero no a Daron. Para él no hay una categoría: lo hace todo y también tiene un modelo para casi todo”. ¿Podrían esa pasión y fuerza impedir un enfoque más contemplativo? Robinson admite: “Daron puede obsesionarse por la exactitud de cada detalle”.

Presentaron a una revista un artículo que habían escrito cuando empezaron a colaborar y la respuesta llegó por correo cuando los dos autores se encontraban en la oficina de Robinson en Los Angeles. Rechazado. “Estaba realmente abatido y deprimido al leer los someros informes de los expertos y me senté a mirar por la ventana preguntándome qué haríamos a partir de ahí”, cuenta Robinson. “Me giré hacia Daron y vi que ya estaba garabateando álgebra en un papel. ‘Revisaré el modelo y lo presentaremos en otro sitio’, fue su reacción”.

Pischke reconoce que Acemoglu puede haber difundido sus amplios intereses de forma un poco superficial al inicio de su carrera, pero insiste en que su socio de investigación desarrolló rápido la fuerza analítica necesaria para respaldar dicha curiosidad voraz. “Posee intereses y conocimientos muy variados y acaba trabajando en diversos campos al mismo tiempo, pero tiene capacidad para conseguirlo”.

Contemplación aplicada

La contemplación aplicada de los orígenes económicos de la democracia llevó a Acemoglu a su segundo libro (Acemoglu, 2008), que analiza el momento y la incidencia de la democracia. *Introduction to Modern Economic Growth*, un libro de texto de más de mil páginas basado en los cursos que imparte en MIT, avanza un paso desde la pregunta “¿Por qué la democracia?” que formulaba en su primer libro para incluir el interrogante “¿Cuándo la democracia?”. De nuevo, Acemoglu encuentra un fundamento económico central.

“Hemos realizado mucho trabajo empírico que revela una relación causal muy clara entre las instituciones económicas inclusivas y el crecimiento económico”, afirma Acemoglu. “La relación entre las instituciones políticas democráticas y el crecimiento no está tan clara”.

En el libro de texto se afirma que las políticas y las instituciones son esenciales para entender el proceso de crecimiento a lo largo del tiempo. Después se usa esta base teórica para explicar dos preguntas clave sobre “¿Cuándo la democracia?”: ¿Por qué la economía mundial no experimentó un crecimiento sostenido antes de 1800? Y ¿por qué el despegue económico empezó en torno a 1800 y en Europa occidental?

En el libro de texto se afirma que no hubo crecimiento sostenido antes de 1800, primero, porque ninguna sociedad antes de entonces había invertido en capital humano, ni per-

mitido a las empresas nuevas que introdujeran nuevas tecnologías, ni, en general, dado rienda suelta a las fuerzas de la destrucción creativa; y segundo, porque todas las sociedades antes de 1800 vivían bajo regímenes políticos autoritarios. Y el despegue económico comenzó en Europa occidental porque el comercio internacional creció tras el descubrimiento del Nuevo Mundo y la apertura de nuevas rutas marítimas, impulsando la actividad comercial y confiriendo más poder económico y político a un nuevo grupo de mercaderes, comerciantes e industriales, que entonces empezaron a operar al margen de las monarquías europeas.

Acemoglu reconoce que los regímenes autoritarios pueden generar crecimiento económico, pero insiste en que no puede ser sostenido. “Sucedió en la antigua Roma durante 300 o 400 años, de forma intermitente, y no es un período corto, pero entonces todo ocurría con mucha mayor lentitud. Y ha sucedido en los 20 últimos años, y probablemente en los 20 próximos, en China, pero habrá tres obstáculos para el crecimiento en los regímenes autoritarios: siempre hay incentivos para que dichos regímenes sean incluso más autoritarios; tienden a usar su poder para frenar la destrucción creativa schumpeteriana, que es clave para mantener el crecimiento; y siempre hay luchas internas por el control, lo que genera inestabilidad e incertidumbre”.

La solución podría ser la causa

Acemoglu considera preocupante que las políticas empleadas para afrontar la actual crisis financiera mundial puedan haber sentado las bases para la próxima crisis. “¿Estamos creando el trasfondo para la siguiente crisis por las políticas que hemos improvisado para resolver el problema? Yo opino que el riesgo no es baladí”.

“Cuando amaine la crisis retomaremos la actividad normal y no haremos nada al respecto. Antes de la crisis en Estados Unidos había unos 20 grandes bancos que representaban una gran parte del PIB y una parte todavía mayor de los beneficios totales empresariales y de la remuneración total de los empleados del sector financiero. Ahora tenemos cinco o seis instituciones con dicha función, por lo que el sistema es mucho más monopolístico. Las instituciones financieras de Estados Unidos vieron que el mensaje claro detrás de las políticas para resolver la crisis era ‘Eres demasiado grande para quebrar’. Pues bien, ahora son ‘demasiado grandes para quebrar, elevado al cuadrado’”.

“Esperaban que el gobierno de Estados Unidos tuviera la voluntad y el respaldo político para rescatarlas de una forma u otra. Ahora, si eres el presidente de un gran banco y tienes una obligación fiduciaria para con tus accionistas de maximizar los beneficios, entonces tienes la responsabilidad de aprovechar al máximo todo lo que el gobierno pueda darte en el entorno regulatorio actual.

“Si, por otra parte, tuviéramos las regulaciones correctas, la obligación fiduciaria del presidente para con sus accionistas sería maximizar los beneficios mejorando la intermediación financiera, no aumentando las operaciones por cuenta propia. Resulta difícil entender cómo una asignación eficaz de los recursos en un sistema capitalista podría ser aquella en la que una parte considerable de los beneficios de la economía estadounidense se obtengan de las operaciones por cuenta propia en vez de la intermediación financiera o de las fusiones y adquisiciones”.

Acemoglu y Robinson ya están trabajando en su próximo libro, *Why Do Nations Fail?* [¿Por qué fracasan las naciones?]. Después de preguntar “¿Por qué la democracia?” en su primer libro, y “¿Cuándo la democracia?” en el libro de texto de Acemoglu, en el tercero, que se podría considerar informalmente una trilogía, probablemente preguntarán “¿Qué, si no democracia?”.

“Las sociedades disfuncionales degeneran en Estados fallidos”, afirma Acemoglu, “pero podemos actuar. Podemos construir Estados con infraestructuras y ley y orden, en los que las personas se sientan seguras y cómodas emprendiendo un negocio y confíen en los servicios públicos, pero no hay una voluntad política de obrar así. Para implantar este esquema no se necesitarían ejércitos, sino simplemente una burocracia que funcione para sentar las bases institucionales de los mercados”.

Estructura de recompensas

El análisis que hace Acemoglu de los Estados fallidos intentará mostrar por qué algunos países despegan económicamente y otros no. Para ello habrá que describir cómo las políticas y las instituciones inciden directamente en la posibilidad de que una sociedad emprenda un crecimiento económico moderno. Estas políticas e instituciones determinarán la estructura de recompensas de la sociedad y la rentabilidad de las inversiones; la ejecución de sus contratos, sus leyes y orden, y sus infraestructuras; la formación de sus mercados y si las entidades menos eficientes pueden ser sustituidas por otras más eficientes; y su apertura a nuevas tecnologías que pueden perjudicar a las empresas establecidas con vínculos políticos.

¿Qué otras ambiciones podría cultivar aún un académico tan vivaz, ecléctico e imprevisible dentro de los confines de un despacho de MIT y su sala adyacente, atestados de pilas inestables de revistas, obras de referencia y manuscritos con las esquinas dobladas? En el ámbito personal, su esposa Asu está esperando su primer hijo para mayo, “de modo que mi mayor ambición personal es ser un padre decente”. En cuanto al esbozo de su principal meta profesional, Acemoglu amplía sus intereses académicos multifacéticos. “Son necesarios una conversación más interdisciplinaria y un debate informado sobre temas importantes en el área de las ciencias sociales. En Estados Unidos se considera que los intelectuales públicos son unos perdedores, pero en el Reino Unido participan en el diálogo nacional. Me gustaría ver esto aquí y, quizá, ser parte de ello”.

Pero volver a Turquía no figura en los planes inmediatos de Acemoglu. “No puedo regresar porque me fui sin hacer el servicio militar. Si retornara me arrestarían”. El castigo: volver a la cárcel. ■

Simon Willson es Redactor Principal de Finanzas & Desarrollo.

Referencias:

- Acemoglu, Daron, 2008, *Introduction to Modern Economic Growth* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press).
- _____, 2009, “The Crisis of 2008: Structural Lessons for and from Economics”, *CEPR Policy Insight No. 28* (Londres: Centre for Economic Policy Research).
- _____, y James Robinson, 2006, *Economic Origins of Dictatorship and Democracy* (Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press).